

el pacifismo equivoco de los primeros cristianos

una visión simplista

Cuando el no-violento cristiano de nuestros días vuelve la mirada sobre la historia de la Iglesia, es inevitable que la detenga en aquel momento crítico —año 313— que suele señalarse como comienzo de la Era Constantiniana. Hasta entonces, la no violencia de los cristianos era absoluta y diáfana: a un cristiano en ningún caso le está permitido matar (1). A partir de entonces, por el contrario, los doctores de una Iglesia protegida por el Estado empiezan a admitir de mejor o peor grado que un cristiano puede también ser soldado y hacer la guerra (2). El contraste doctrinal es tan radical que el no-violento moderno difícilmente puede reprimir un movimiento pasional de protesta. Se siente tentado de gritar “¡Traición!” a la cara de San Agustín, de Santo Tomás, y no digamos de Vitoria, Suárez, y la enumeración podría continuar hasta nuestros días. Desearía poner a todos los teólogos de la “violencia justa” en un paréntesis de dieciséis siglos que se cerraría definitivamente hoy para empalmar

con el cristianismo primitivo, el único puro, el único auténtico.

Creo que también yo me he dejado llevar en alguna ocasión por esta tendencia simplificadora que quiere ver una total comunidad de pensamiento entre los cristianos de los primeros siglos y los modernos seguidores de la no-violencia gandhiana, con sus vertientes negativa (condenación de los medios cruentos de coacción) y positiva o activa (compromiso real en la lucha por la justicia). Una reflexión más detenida y, sobre todo, la lectura de la principal obra de Orígenes en su moderna versión castellana me han hecho adquirir ideas más precisas en esta materia.

Es cierto, desde luego, que durante tres siglos no tiene cabida en la reflexión de los padres de la Iglesia la idea de que un cristiano pueda lícitamente derramar sangre humana. En las primeras generaciones cristianas, esta idea hubiera parecido tan descabellada que ni siquiera se refuta directamente. Desde fines del siglo II, sin embargo, parece que el movimiento de conversiones empezó a alcan-

zar a algunos soldados, con lo que se planteó el problema de si podían o no permanecer en el ejército. La respuesta de los teólogos fue tajante: no deben hacerlo.

Es igualmente cierto que aquellos nuestros antecesores en la fe se negaron a invocar para ellos el derecho de legítima defensa, y repitieron incansablemente que el cristiano, antes que matar, debe dejarse matar. Así lo proclamaron y así lo hicieron: los siguientes siglos de mentalidad "cruzada" han podido hacer olvidar a un San Maximiliano, primer objetor de conciencia cristiano, pero no han podido borrar ni desacreditar el callado heroísmo de los mártires que aceptaban sin defenderse la muerte en los circos de la Roma pagana.

Así de firme fue el pacifismo de los primeros cristianos. Y sin embargo, sería inútil buscar en sus escritos una "doctrina de la no-violencia" en el sentido en que hoy la entendemos. Orígenes nos ayudará a entender por qué.

orígenes contra celso

Orígenes escribió hacia el año 248 sus ocho libros *Contra Celso*, respuesta pormenorizada al ataque que un oscuro filósofo pagano había lanzado contra el cristianismo. Gran parte de los argumentos de Celso no son sino una serie de burlas toscas y blasfematorias sobre los hechos y dichos de Jesús y sobre las creencias de los cristianos. Pero hay algunos breves momentos en que Celso, inquieto al parecer por la propagación incesante de la nueva doctrina y por el peligro que ello suponía para la solidez del Imperio, parece buscar la solución no en el exterminio de los cristianos sino en su asimilación por el Imperio, y les dirige un lla-

mamiento a la colaboración con el emperador en nombre de la solidaridad humana y los intereses comunes. Estos pasajes y las correspondientes respuestas de Orígenes son los que aquí nos interesan.

Ante todo, exalta Celso el ideal romano imperial como organización de la sociedad terrena contraponiéndolo al pacifismo cristiano, y dice a su supuesto interlocutor cristiano:

"Si destruyes esta doctrina, con razón te castigaré el emperador; pues si todos obraran como tú, nada impediría que aquél se encontrara solo y abandonado, y el gobierno de la tierra caería en manos de los bárbaros más sin ley y salvajes, y entonces ni de tu religión ni de la verdadera sabiduría quedaría noticia entre los hombres" (3).

La primera respuesta de Orígenes no es en realidad sino un escarceo polémico. Hace notar que si "todos" obraran como él, difícilmente podría caer el gobierno de la tierra en manos de bárbaros "sin ley y salvajes", pues esos mismos bárbaros, "al aceptar la palabra de Dios, serían los hombres de más ley y más mansos". Respuesta oportuna por cuanto recuerda el universalismo cristiano; pero que no cuadra con la verdadera objeción de Celso, que implícitamente restringía ese "todos" a los romanos, como vamos a ver. Prosigue Celso:

Porque no nos querrás decir que si los romanos, creyéndote a tí y abandonando sus usos tradicionales con dioses y hombres, dieran culto a este tu Altísimo, o como lo quieran llamar, iba El a bajar a la tierra y combatir por ellos, de modo que no fuera menester de otra ayuda".

Orígenes replica aquí precisamente con el argumento que Celso rechazaba previamente en su ataque. Después de recordar las palabras de Jesús sobre la fuerza de la oración cuando dos se conciertan para pedir una cosa (Mt. 18, 19), dice:

“¿Qué habría que pensar si ya no fueran, como ahora, unos pocos los que se conciertan, sino todo el imperio romano?”

Y concluye:

“Mas si todos los romanos, en la hipótesis de Celso, abrazaran el cristianismo, por la oración vencerían a sus enemigos, o no tendrían siquiera que pelear en absoluto, pues estarían guardados por aquel poder divino que, por razón de cincuenta justos, prometió conservar cinco ciudades enteras (Gen 18, 26)”.

Esta idea de que la Providencia divina suple con ventaja a la autodefensa aflora en diversos pasajes de la obra de Orígenes (v. gr. III, 8; VII, 26). Religiosamente, es intachable; pero precisamente por basarse sólo en la fe y no en la razón, en modo alguno hubiera podido satisfacer a Celso. Es más: confesemos que también el cristiano moderno se siente un poco incómodo ante esta concepción tan vétero-testamentaria de la Providencia. Desde luego que creemos en una Providencia divina que gobierna la historia; pero nos es más fácil y natural creer que la ayuda divina se manifiesta por vías indirectas, respetando la libertad y las iniciativas de los hombres. Y la oración, con ser necesaria, no nos parece una iniciativa suficiente. “Ayúdate y Dios te ayudará”, esa es nuestra teología de la Providencia.

He aquí, pues, un primer fallo de Orígenes. Nos hubiera gustado

verle exponer una doctrina de las formas de resistencia pacífica frente a los bárbaros que hostigaban el Imperio... Utopía, claro está. Pero por desgracia también resultó utópica su esperanza de ver un Imperio cristiano arrancando al Todopoderoso, a fuerza de oraciones, una intervención directa en los asuntos terrenos. Cuando los emperadores adoptaron el cristianismo, ni ellos ni los demás cristianos pensaron en alzar una muralla de oraciones frente a los bárbaros, sino que combatieron con la espada... y fueron derrotados.

Celso, como si hubiera adivinado la evasión de su contrincante hacia lo sobrenatural, quiere forzarle a una consideración más real y concreta de las dificultades políticas:

“Tampoco es tolerable digas que, si los que ahora mandan sobre nosotros, después de dejarse persuadir de tí, son hechos prisioneros, persuadirás a los que imperen después; y si otros son hechos prisioneros, también a esos, y a otros después de esos, hasta que sean hechos prisioneros todos los por tí persuadidos; si es que juntamente no surge un gobernante con inteligencia que prevea lo que va a suceder y, antes de perecer él, os destruya a todos en masa”.

Pese a su forma caricaturesca, la objeción contenida en este párrafo es muy oportuna. Plantea a lo vivo las dificultades prácticas de un desarme unilateral y el problema de la subsistencia de un Estado que se decidiera a seguir esta vía. ¿Podría pedirse a un romano del siglo III que adoptara ese pacifismo puramente pasivo que no parecía ofrecer más perspectivas que la entrega de los ejércitos al enemigo y la disolución de la sociedad? Orígenes, en todo caso, tampoco supo descubrir, en lo terreno, las perspectivas de un paci-

fismo activo o constructivo, y por ello elude la respuesta limitándose a decir que esa serie de emperadores hechos sucesivamente prisioneros es una hipótesis disparatada y que no hay entre los cristianos nadie que pretenda eso. Y es que en el fondo Orígenes está tan convencido como su adversario de la necesidad de que haya un emperador y un ejército, y no piensa en el desarme unilateral.

Prosigue Celso:

“¡Ojalá fuera posible conviniere en una ley única los que habitan el Asia, Europa y la Libia, griegos a par de bárbaros, hasta los últimos confines de la tierra! El que eso piensa, nada sabe”.

Parece adivinar aquí nuestro filósofo el estrecho vínculo entre mundialismo y no-violencia, idea en la que entre nosotros ha insistido más de una vez el Padre Llanos. En efecto, sólo si creemos en la posibilidad de esa convivencia pacífica universal puede tener sentido nuestra renuncia a la fuerza en el plano internacional. Por eso Celso niega esa posibilidad. Orígenes, por su parte, la remite al más allá. Después de una larga disquisición en la que contrapone a las doctrinas estoicas una profecía de Sofonías, concluye: “Tal vez ello sea imposible a los que están aún en sus cuerpos, pero no a los que están ya desprendidos de ellos”. Nuevo fallo de Orígenes.

Llegamos al punto clave de la polémica Celso-Orígenes. Exhorta el primero a los cristianos.

“A prestar ayuda al emperador con todas las fuerzas, a colaborar con él en lo que sea justo, a combatir por él, a tomar parte en sus campañas, si llega el caso, y hasta en el mundo de las tropas”.

Y responde Orígenes:

“A los que son ajenos a nuestra fe y pierden que hagamos la guerra y matar hombres por el interés común, les podemos decir también lo siguiente: También los que, según vosotros, son sacerdotes de ciertos ídolos o guardianes de los que tenéis por dioses, conservan sin mancha su diestra por razón de los sacrificios, a fin de ofrecer esos supuestos sacrificios a esos que decís ser dioses. Y realmente, cuando estalla una guerra, no hacéis de los sacerdotes soldados. Ahora bien, si eso se hace razonablemente, con cuánta más razón, cuando otros salen a campaña, luchan también los cristianos como sacerdotes y servidores de Dios, manteniendo puras sus diestras, luchando con sus oraciones a Dios en favor de los que hacen guerra justa y en favor del emperador que impera con justicia, a fin de que sea destruído todo lo que es contrario y adverso a los que obran con justicia”.

Así pues este campeón de la fe, este maestro de mártires, encuentra normal que los no cristianos maten para defenderle a él, mientras él se dedica a la oración. Y ello no le impide estar plenamente inserto, por otra parte, en el pacifismo radical (aunque unilateral) de la Iglesia de su tiempo. En otra de sus obras había escrito, por ejemplo, que los cristianos no debemos sacar la espada “ni para hacer la guerra, ni para hacer valer nuestros derechos, ni por ningún otro motivo, pues este precepto del Evangelio no admite excepción” (4). Ya vamos viendo que para Orígenes la existencia de dos leyes morales (una más elevada para cristianos, otra más laxa para paganos) es algo más que una situación de hecho. Se diría que los paganos *deben* seguir su propia ley,

y no tienen derecho a imitar la perfección cristiana (5).

Inútil decir que esta argumentación ni podía convencer a Celso ni puede agradar a un no violento de hoy. Si el militante no violento se niega a empuñar las armas no es para que se le reconozca una exención o privilegio, sino para pedir a *todos* (cristianos y no cristianos, nacionales y extranjeros) que le imiten. No negamos que la tentación del aislamiento, de la ruptura con el mundo, siga cerniéndose sobre muchos de los que repudian la violencia y desconfían de sus propias fuerzas para influir sobre el curso de la historia; pero no es esa línea, sino la del compromiso o alistamiento para las batallas de la paz, la que nos marcan los mejores apóstoles de la no-violencia.

Esto nos lleva, por último, a la cuestión de los cargos públicos no militares. Exhorta también Celso a los cristianos

“a desempeñar los cargos de la propia patria cuando sea menester hacer también eso para salvar las leyes y la religión”.

La respuesta de Orígenes es análoga a la anterior: si los cristianos rehusan los cargos públicos, es “porque quieren guardarse a sí mismos, por la salud eterna de los hombres, para el servicio más divino y necesario de la Iglesia de Dios”. Personalmente, creo que la postura del no-violento es muy distinta. Ni ocupa cargos de alta responsabilidad ni los busca; pero no es porque los rehuse, sino porque comprende que la sociedad dista todavía mucho del grado de madurez que necesitará para aceptarle como gobernante.

Después de todo lo dicho creo que el pensamiento de Orígenes (y con él de toda la Iglesia en los tres primeros siglos) en esta materia puede sintetizarse fielmente en el siguiente silogismo:

—No hay Estado sin violencia (entiéndase violencia cruenta u homicida),

—Es así que los cristianos no deben ejercer violencia,

—Luego los cristianos no deben participar en las tareas del Estado.

Pues bien: los teólogos de la Era Constantiniana se encontraron con que la conclusión de este silogismo había sido desmentida por la historia misma. ¿Qué hacer? ¿Seguir predicando contra la historia? ¿Mantener en las cátedras y en los púlpitos la pureza del ideal, lejos de la vida, a espaldas del pueblo cristiano? ¿No hubiera sido ésto, como se diría hoy, cerrar los ojos a los “signos de los tiempos”?

Si la conclusión no podía mantenerse, eso significaba que había que revisar una de las premisas.

La premisa mayor parecía intachable. Varios textos del Nuevo Testamento justificaban el poder coactivo de las autoridades:

“Han de someterse todos a las autoridades superiores. Pues no hay autoridad sino de Dios... ¿Quiéres no temer a la autoridad? Obra el bien y tendrás de ella aprobación, pues es ministro de Dios respecto de tí para el bien. Pero si obras el mal, teme; que no en vano lleva la espada...” (Rom 13, 1-4).

“Sed sumisos a cualquier autoridad humana por respeto al Señor; bien sea al rey, como soberano, bien sea a los gobernantes, como enviados suyos para castigo de

los malhechores y aprobación de los buenos". (I P 2, 13-14).

"Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios".

Cierto que hoy nos parece claro que estos textos, si justifican la sumisión a las autoridades (en todo lo que no sea contrario a la ley de Dios) e incluso el ejercicio mismo de alguna clase de coacción por parte de aquéllas, están lejos de justificar la violencia sangrienta. Pero estos distingos eran imposibles en aquel tiempo. Poder de gobierno y facultad de quitar la vida a los transgresores de la ley eran una misma cosa.

Y así fue como sucumbió la premisa menor.

pacifismo protocristiano y no-violencia activa

No es todo esto desalentador para el no-violento de hoy? ¿No estamos dando la razón a quienes ven sólo una bella utopía irrealizable en las tesis de quienes quieren imponer el respeto absoluto e incondicional a toda vida humana como norma intangible de la moral individual y colectiva? Es seguro que más de un lector así lo pensará, y hasta puede ser que algún adversario teórico de la no-violencia saque de estas páginas argumentos contra nosotros. Y sin embargo, no me será difícil explicar que la comprobación de la debilidad filosófica del pacifismo cristiano primitivo ha sido para mí un alivio más bien que un desencanto.

En efecto, en la hipótesis de una posición lúcida y consecuente de no-violencia de la Iglesia primitiva, el espectáculo posterior de la traición a aquel ideal y de los lar-

gos siglos de caminar en el error era profundamente desazonante. ¿Por qué ese retroceso moral, si habíamos empezado tan bien? ¿Por qué esos frutos de odio y de guerra, si la semilla era de amor y de paz?

Ahora, en cambio, nos parece encontrar cierta lógica a la historia.

Era ingenuo pensar que la misión del Hijo de Dios sobre la tierra era implantar como por encantamiento el ideal de no-violencia. Cristo no vino a eso, como no vino a proponer directamente la abolición de la esclavitud, o la emancipación de la mujer, o la lucha contra el hambre, o el mundialismo. Sólo quiso proponer una orientación, dar un sentido a la vida: tal fue el objeto de su mandamiento de amor. El trabajo de desarrollar ese mandamiento en las tareas terrestres quedaba a cargo de los hombres, que sólo lo van haciendo a través de múltiples tanteos y rectificaciones.

La no-violencia, en su elaboración doctrinal actual, no se deduce *directamente* del Evangelio. Jesús no dijo nada de la objeción de conciencia, aunque se codeó con soldados. No dijo nada del desarme, pues incluso toleró que sus seguidores fuesen armados con dos espadas en la noche de la pasión. No dijo nada de la negativa a pagar impuestos destinados a gastos militares (una de las formas modernas de no-violencia en algunos países). Estos aspectos de la no-violencia son conclusiones a las que está llegando el hombre a través de la reflexión, más racional que teológica, y a través de la experiencia. Los errores y extravíos de estos veinte siglos nos parecen ahora necesarios para descubrir estas dimensiones del mandamiento de amor. Han sido precisas las

consecuencias monstruosamente absurdas a que ha llegado la doctrina de la violencia justa, colocándonos al borde de la inmolación atómica, para abrirnos los ojos. El camino equivocado tomado durante la Era Constantiniana no nos parece ya una pérdida de tiempo: era una exploración necesaria para que nosotros nos decidamos a emprender otro camino. Y los fallos del pacifismo protocristiano nos parecen también providenciales: ellos nos enseñarán a dar a nuestra no-violencia una base doctrinal más firme, una proyección práctica más dinámica, y desde luego a huir de la tentación aristocrática de querer monopolizar para nuestra religión una moral de amor a la que otros pueden haber llegado —con más mérito que nosotros— por caminos ajenos a la revelación.

Pero sobre todo, el no-violento ya no persistirá en aquella actitud de espléndido aislamiento en la que con razón veía Celso un pecado contra la solidaridad humana. Se acabó eso de justificarse diciendo que nuestra forma de contribuir a la sociedad terrestre son las oraciones. Todos tenemos que hacer frente a nuestras responsabilidades políticas y sociales; y si en la mayoría de los países el desempeño de cargos de dirección no parece, hoy por hoy, un camino abierto a los no-violentos, éstos, en lugar de encerrarse en las catacumbas, deben salir a la superficie para dar ejemplo de cómo se pueden ejercitar en la práctica aquellos derechos ciudadanos que nos reconocen ora expresamente las leyes de cada país, ora la conciencia social internacional.

notas

- (1) Baste como botón de muestra el siguiente texto de Lactancio, escrito todavía en el tránsito del siglo III al IV, o sea en visperas del gran viraje de la Iglesia: "Cuando Dios prohíbe matar, no prohíbe solamente el bandidaje, que las propias leyes públicas no permiten, sino que nos ordena no hacer incluso aquello que los hombres consideran lícito. A un hombre justo no le será pues permitido servir como soldado, pues la justicia es su servicio militar; ni acusar a alguien de un crimen capital, pues tanto da matar con la espada como con una palabra: es matar lo que está prohibido. Por ello, en este mandamiento de Dios, no debe hacerse absolutamente ninguna excepción: es siempre criminal matar a un hombre que, según la voluntad de Dios, debe ser considerado como una criatura sacrosanta". (Citado por D. PARKER, *Le choix décisif*, ed. Labor et Fides, Ginebra 1962).
- (2) San Atanasio: "No está permitido matar; pero en la guerra, dar la muerte a los enemigos es legítimo y loable". San Agustín: "El orden natural de las cosas pasajeras, establecido con miras a la paz, reclama que el poder y la decisión de hacer la guerra estén en manos del príncipe. Entonces los soldados, al ejecutar los decretos de guerra, sirven también la causa de la paz y de la prosperidad general" (Parker, op. cit.).
- (3) ORIGENES: *Contra Celso*. Introducción, versión y notas por Daniel Ruiz Bueno. B. A. C. 1967. Esta cita y las siguientes, mientras no se advierta otra cosa, corresponden al libro VIII, números 68 a 75.
- (4) Citado por S. WINDASS, *Le christianisme et la violence*, Ed. du Cerf, París 1966, p. 16. Véase también *Contra Celso*, III, 7: "El (Cristo) enseñó... que jamás es lícito a sus discípulos dar la muerte a un hombre por malvado que sea, que no consideraba compatible con su legislación divina permitir género alguno de muerte de un hombre".
- (5) Merece notarse aquí un ejemplo puesto por Orígenes a propósito de la acusación de Celso de que los cristianos constituyen "asociaciones ilegales". La respuesta del teólogo es muy de actualidad y no hay moralista, supongo, que no la suscriba: "No es contra razón formar asociaciones que van contra la ley, pero son en favor de la verdad". Pero el ejemplo que ilustra esta afirmación nos deja boquiabiertos: "Si unos cuantos se conjuran secretamente para matar al tirano que se apoderó de la ciudad, obrarían lícitamente". Claro está que Orígenes piensa en conjurados no cristianos...